

## [DE LA VIRGINIDAD DE LA B. MARÍA.(C)]

### ADVERTENCIA AL LIBRO SUBSIGUIENTE.

Helvidio, basándose en algunos testimonios de las Sagradas Escrituras mal interpretados y en las autoridades de dos antiguos Padres, a saber, Tertuliano y Victorino de Petavio, poco consideradas, había compuesto un libro en el que intentaba probar que María, la Virgen, después de haber dado a luz a Jesús, el Hijo de Dios, sin intervención de hombre alguno, sino por obra del Espíritu Santo, luego tuvo varios hijos con José, su esposo, al modo común de los demás hombres, quienes en el Evangelio son llamados Hermanos del Señor. Para dar a esta insensatez un barniz de razón, acumuló un nuevo error: afirmó que el matrimonio no es en absoluto superior a la virginidad, y con argumentos, incluso mentiras, intentó probarlo. Parecía ser un hombre del pueblo, rústico, apenas instruido en las primeras letras, y de un nombre tan oscuro que, aunque residía en Roma al mismo tiempo que Jerónimo, nunca fue conocido por él de vista, ni sabía si era blanco o negro, como se dice. Gennadio añade que fue discípulo de Auxencio, quien había usurpado la sede de Milán, el más impío de los arrianos, e imitador de Símaco, aquel senador pagano que había defendido la idolatría en sus escritos. Pero este testimonio de Gennadio me mueve por varias razones y creo que sufre de un grave error de transposición. ¿Por qué, al responder, Jerónimo habría pasado por alto a Auxencio, maestro de Helvidio? ¿Y a Símaco, a menos que fuera para dañar, y con qué impiedad habría imitado Helvidio, quien publicó un libro ni elocuente ni razonado, incluso lleno de solecismos? Nuevamente, si emula la impiedad, ¿cómo dice Gennadio que escribió por celo religioso? Estas cosas no son ciertamente coherentes con la razón recta, para que puedan referirse igualmente a Helvidio.

Jerónimo finalmente respondió a su libelo, a petición de los hermanos, aunque lo había pospuesto durante mucho tiempo, para que al responder no se hiciera digno de ser vencido. Así, dispuesto a enfrentarse, refuta una por una las proposiciones del hereje, exponiendo los pasajes de la Escritura, y especialmente aquel de Mateo 1, 18, que el adversario abusaba principalmente, en el sentido correcto, para demostrar manifiestamente que María, la Madre de Dios, permaneció virgen continuamente, y que, después de dar a luz al Salvador, nunca conoció varón, lo cual es la fe de la Iglesia católica. Por eso tituló el libro, Sobre la Perpetua Virginidad de la Bienaventurada María: que Gennadio llama en el códice de Corbie, un libelo excelente y grato, en el que se muestra que la Santísima María, madre de nuestro Señor Jesucristo, permaneció virgen después del parto, así como virgen antes del parto. En cuanto a la autoridad de los Antiguos, se contenta con decir de Tertuliano que no era hombre de la Iglesia; pero niega que Victorino de Petavio compartiera la misma opinión que el adversario: luego dice que podría presentar una serie infinita de Escritores y oponerlos. Finalmente, expone mucho sobre la alabanza de la virginidad, cuya excelencia, después de exponer brillantemente el testimonio de Pablo a los Corintios, exalta también por los inconvenientes del matrimonio que pone ante los ojos. Sobre este asunto, cuando escribía a Pamaquio diez años después, en la Epístola 48, número 17, dice: Mientras vivía el santo de memoria Damaso, escribimos un libro contra Helvidio sobre la perpetua virginidad de la Bienaventurada María, en el que fue necesario para nosotros, al proclamar la bienaventuranza de la virginidad, decir mucho sobre las molestias del matrimonio. ¿Acaso el hombre ilustre y erudito en las Escrituras, y doctor virgen de la Iglesia virgen, encontró algo censurable en ese discurso?

De este testimonio también se puede deducir fácilmente cuándo fue escrito el libro. Damaso murió a finales del año 384 según la fe de los antiguos martirologios: Jerónimo residió en Roma con Damaso no antes del final del año 382, como se ha probado con argumentos

cronológicos en las epístolas 19 y 20. El testimonio siguiente, de la epístola 22, demuestra que el año anterior, 383, debe asignarse a él: Cuántas molestias tienen los matrimonios, y cuántas preocupaciones los rodean, creo que lo expresamos brevemente en ese libro que publicamos contra Helvidio sobre la perpetua virginidad de la B. María. Pues esa Epístola, como mostramos en su lugar, pertenece a la primera parte del año 384; y por lo tanto, el libro que cita contra Helvidio, y que ya indica que estaba en manos del público, debe atribuirse al año anterior, 383.

#### S. EUSEBIO JERÓNIMO PRESBITERO DE ESTRIDÓN SOBRE LA PERPETUA VIRGINIDAD DE LA B. MARÍA, CONTRA HELVIDIO, LIBRO ÚNICO.

205 1. Recientemente, a petición de los hermanos, me pidieron que respondiera contra el libelo de un tal Helvidio, y lo pospuse: no porque fuera difícil convencer a un hombre rústico, apenas instruido en las primeras letras, sobre la verdad; sino para que al responder no se hiciera digno de ser vencido. A esto se añadía que un hombre turbulento, y único en el mundo entero, se consideraba a sí mismo tanto laico como sacerdote (quien, como dice aquel, considera la locuacidad como elocuencia, y maldecir a todos como signo de buena conciencia) al recibir materia de disputa, comenzaría a blasfemar más, y como desde un lugar elevado, a dictar sentencia sobre todo el mundo: y a mí, porque no podría con la verdad, me laceraría con injurias. Pero como todas estas causas tan justas de mi silencio cesaron por el escándalo de los hermanos, que se movían por su rabia, ya es necesario aplicar el hacha a la raíz del árbol infructuoso del Evangelio (Mat. 3, 10), y con la infertilidad de sus hojas entregarlo a las llamas, para que aprenda alguna vez a callar, quien nunca aprendió a hablar.

2. Por lo tanto, es necesario invocar al Espíritu Santo, para que defienda la virginidad de la bienaventurada María con su sentido, a través de mi boca. Es necesario invocar al Señor Jesús, para que proteja de toda sospecha de concubinato el sagrado vientre, del cual fue habitante durante diez meses. También es necesario invocar a Dios Padre, para que muestre que la madre de su Hijo fue virgen después del parto, como lo fue antes de casarse. No buscamos el campo de la elocuencia retórica, ni las trampas de los dialécticos, ni los espinos de Aristóteles: deben exponerse las mismas palabras de las Escrituras: debe ser refutado con los mismos testimonios que usó contra nosotros, para que entienda que pudo leer lo que está escrito, pero no pudo conocer lo que está fortalecido por la piedad.

3. Helvidio.---Su primera proposición fue: «Mateo dice: La generación de Cristo fue así: Estando desposada su madre María con José, antes de que se unieran, se halló que había concebido del Espíritu Santo. 207 José, su esposo, siendo justo y no queriendo exponerla, quiso dejarla secretamente. Mientras pensaba en esto, he aquí que el ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa. Porque lo que en ella ha sido engendrado, es del Espíritu Santo (Mat. I, 18 y ss.). He aquí, dice, tienes a una desposada, no a una encomendada, como dices, y ciertamente no desposada por otra razón, sino para casarse alguna vez. Pues el evangelista no habría dicho de los que no se unirían: Antes de que se unieran: porque nadie dice de quien no va a comer, antes de que coma. Luego, el ángel la llama esposa y unida. Escuchemos ahora lo que pronuncia la Escritura: Levantándose, dice, José del sueño, hizo como le había mandado el ángel del Señor: y tomó a su esposa, y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo (Mat. I, 24, 25).

4. Jerónimo. La preposición antes qué muestra. María por qué virgen desposada concibió.---Corramos por cada punto, y persiguiendo la impiedad con los mismos pasos con los que entró, demostremos que dijo cosas contradictorias. Confiesa que está desposada: y de inmediato quiere que sea esposa a quien confesó como prometida. Nuevamente, a quien

llama esposa, dice que no fue desposada por otra razón, sino para casarse alguna vez. Y para que no pensemos que esto es poco: «Tienes, dice, a una desposada, y no a una encomendada, es decir, aún no esposa, aún no unida por el vínculo matrimonial. En cuanto a lo que dice, Pues el evangelista no habría dicho de los que no se unirían: Antes de que se unieran: porque nadie dice de quien no va a comer, antes de que coma, no sé si debo lamentarme o reírme.»

¿Debo acusar de ignorancia, o de temeridad? Como si alguien dijera: Antes de que comiera en el puerto, navegué a África, la sentencia no podría sostenerse, a menos que alguna vez deba comer en el puerto. O si quisiéramos decir: El apóstol Pablo, antes de ir a España, fue encarcelado en Roma. O ciertamente aquello: Helvidio, antes de hacer penitencia, fue prevenido por la muerte: ¿debe Pablo ir a España después de las cadenas, o Helvidio hacer penitencia después de la muerte; cuando la Escritura dice: En el infierno, ¿quién te confesará? (Sal. VI, 6)? ¿Y no más bien debe entenderse que la preposición antes, aunque a menudo indica consecuencia, sin embargo, a veces solo muestra lo que se pensaba antes? Por lo tanto, no es necesario que lo pensado se realice, cuando algo intervino para que lo pensado no se hiciera. Por lo tanto, cuando el evangelista dice: antes de que se unieran, muestra el tiempo próximo de las bodas, y que ya estaba en el punto de que, quien antes era prometida, comenzara a ser esposa. Como si dijera: Antes de que se mezclaran los besos y abrazos; antes de que realizaran el acto de las bodas, se halló que estaba encinta. Pero fue hallada por nadie más que por José, quien descubrió el vientre hinchado de la prometida, casi ya con la licencia marital y con ojos curiosos. Sin embargo, no se sigue, como hemos demostrado con ejemplos anteriores, que él se uniera a María después del parto, cuyo deseo de unirse fue eliminado por la concepción del vientre. Pero lo que se dice en sueños a José: No temas recibir a María tu esposa. Y nuevamente: Levantándose José del sueño, hizo como le había mandado el ángel del Señor, y tomó a su esposa, no debe mover a nadie, como si por el hecho de que se le llame esposa, dejara de ser prometida: cuando sabemos que esta es la costumbre de la Escritura divina, llamar esposas a las prometidas. Como se aprueba en los siguientes testimonios de Deuteronomio: Si alguien encuentra a una virgen desposada con un hombre en el campo, y la fuerza y duerme con ella, morirá, porque ha humillado a la esposa de su prójimo (Deut. XXII, 25). Y en otro lugar: Si una joven está desposada con un hombre, y un hombre la encuentra en la ciudad y duerme con ella, sacaréis a ambos a las puertas de esa ciudad, y serán apedreados con piedras, y morirán. La joven, porque no gritó, estando en la ciudad: el hombre, porque ha humillado a la esposa de su prójimo: y extirparéis el mal de entre vosotros (Ibid., 23, 24). Y también en otro lugar: ¿Y quién es el hombre a quien está desposada una esposa, y no la ha tomado? Que vaya y regrese a su casa, no sea que muera en la guerra, y otro hombre la tome (Deut. XX, 7). Si a alguien le surge la duda de por qué concibió virgen desposada, y no más bien sin prometido, o (como la Escritura llama) esposo, sepa que hubo tres razones. Primero, para que a través de la genealogía de José, de quien María era pariente, también se mostrara el origen de María. Segundo, para que según la ley de Moisés no fuera lapidada como adúltera por el pueblo. Tercero, para que al huir a Egipto tuviera el consuelo de un guardián más que de un esposo. ¿Quién habría creído en ese tiempo a la Virgen que había concebido del Espíritu Santo; que el ángel Gabriel había venido, que había traído el mandato de Dios; y no más bien la habrían condenado como adúltera, según el ejemplo de Susana, con la sentencia de todos, cuando hoy, con todo el mundo creyendo ya, los judíos argumentan, diciendo Isaías, He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo (Isai. VII, 14), que en hebreo está escrito joven, no virgen, es decir, AALMA, no BETHULA? Contra los cuales discutiremos más adecuadamente en otro lugar. Finalmente, excepto José, 210 y Elisabet, y la misma María, y muy pocos, si podemos estimar que algunos lo escucharon de ellos, todos consideraban a Jesús como hijo de José: tanto que incluso los evangelistas, expresando la opinión del vulgo, que es la verdadera ley de la historia, dijeron padre del Salvador, como allí, Y vino en espíritu al Templo (sin duda

Simeón) y cuando sus padres introdujeron al niño Jesús, para hacer con él según la costumbre de la ley (Luc. II, 27). Y en otro lugar: Y su padre y su madre estaban maravillados de lo que se decía de él (Ibid., 33). Y nuevamente: Y sus padres iban cada año a Jerusalén en el día solemne de la Pascua (Ibid., 41). Y luego: Y cumplidos los días, cuando regresaban, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, y no lo sabían sus padres (Ibid., 43). La misma María que había respondido al ángel Gabriel, diciendo, ¿Cómo será esto, pues no conozco varón?, escucha lo que dice de José: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí, tu padre y yo, angustiados, te buscábamos (Ibid., 48). No es esta la voz de los judíos, como argumentan algunos, no es la voz de los que se burlan. Los evangelistas llaman padre a José: María confiesa al padre. No porque (como indiqué antes) José fuera verdaderamente el padre del Salvador; sino porque para conservar la fama de María, fue considerado padre por todos, quien antes de ser advertido por el ángel: José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa; porque lo que en ella ha sido engendrado, es del Espíritu Santo (Mat. I, 20), pensaba dejarla secretamente. 210 Tanto confiaba que el que había sido concebido no era suyo. Pero ya se ha discutido suficientemente, más con el deseo de enseñar que de responder, por qué José es llamado padre del Señor, por qué María es llamada esposa: en lo cual también se contiene brevemente por qué algunos son llamados sus hermanos.

5. Helvidio.---Pero como reservamos su lugar a esta pequeña cuestión, y el discurso se apresura a lo demás: ahora es necesario discutir cómo dice la Escritura: Levantándose José del sueño, hizo como le había mandado el ángel del Señor, y tomó a su esposa, y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo, y llamó su nombre Jesús (Mat. I, 24, 25). En lo cual primero el adversario suda con un trabajo superfluo, refiriendo el verbo conocer más al coito que al conocimiento: como si alguien lo hubiera negado, y esas tonterías que refuta, alguna vez alguien prudente pudiera haberlas sospechado. Luego quiere enseñar que el adverbio hasta, o hasta que, significa un tiempo determinado: al completarse el cual se hace lo que hasta ese tiempo prescrito no se hacía, como en el presente: Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo. Aparece, dice, que fue conocida después del parto, cuyo conocimiento solo la generación del hijo difería. Y para aprobar esto, reúne de las Escrituras innumerables ejemplos, al modo de los Andabatas, agitando la espada en la oscuridad, y sacudiendo el sonido de la lengua solo para herir los miembros de su propio cuerpo.

6. Jerónimo.---A lo cual respondemos brevemente, y conocer, y hasta, el discurso, en las santas Escrituras, se entiende de dos maneras. Y de lo que está escrito, conocer, se refiere al coito, él mismo lo ha discutido: sin que nadie dude de que a menudo se refiere al conocimiento, como allí: El niño Jesús se quedó en Jerusalén, y no lo conocieron sus padres. Ahora es necesario mostrar que así como allí siguió la costumbre de la Escritura, también en hasta, se rompe por la autoridad de la misma Escritura, que a menudo significa un tiempo determinado (como él mismo discutió) en su ascensión, a menudo infinito, como es aquello que Dios habla a algunos 211 en el Profeta: Yo soy, yo soy, y hasta que envejecan yo soy (Isai. XLIII; Jerem. VII). ¿Acaso después de que envejecan, Dios dejará de ser? Y el Salvador en el Evangelio a los Apóstoles, He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). ¿Entonces después del fin del mundo el Señor se apartará de sus discípulos, y cuando estén para juzgar a las doce tribus de Israel en los doce tronos (Mat. XIX, 38), serán privados de la compañía del Señor? También el apóstol Pablo escribiendo a los Corintios: Las primicias, dice, Cristo: luego los que son de Cristo, que creyeron en su venida: luego el fin, cuando entregue el reino a Dios y al Padre, cuando destruya todo principado y toda potestad y virtud. Porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies, porque todo lo ha sometido bajo sus pies (I Cor. XV, 23, 26). Sea, se diga de hombre, no negamos de aquel que sufrió la cruz, que después se

le ordena sentarse a la derecha. ¿Qué significa esto que dice, Porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies? ¿Acaso reinará el Señor solo hasta que comiencen a estar los enemigos bajo sus pies; y después de que estén bajo sus pies, dejará de reinar: cuando ciertamente entonces comenzará más a reinar, cuando los enemigos comiencen a estar bajo sus pies? También David en el cuarto salmo de los grados: Como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así nuestros ojos al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros (Sal. CXXII, 3). ¿Entonces el Profeta tendrá los ojos al Señor solo hasta que obtenga misericordia, y después de obtener misericordia, volverá los ojos a la tierra? Quien en otro lugar dice: Mis ojos desfallecieron en tu salvación, y en la palabra de tu justicia (Sal. CXVIII, 123). Podría reunir innumerables ejemplos sobre esto, y ocultar toda la procacidad del que provoca con una nube de testimonios; pero aún añadiré algunos pocos, para que el lector encuentre por sí mismo otros similares.

7. Habla el discurso divino en el Génesis: "Y entregaron a Jacob los dioses ajenos que estaban en sus manos, y los zarcillos que estaban en sus orejas. Y Jacob los escondió bajo la encina que está en Siquem, y los perdió hasta el día de hoy" (Gén. XXXV, 4 y ss.). También al final del Deuteronomio: "Y murió Moisés, siervo del Señor, en la tierra de Moab por la palabra del Señor, y lo sepultaron en Get, cerca de la casa de Fegor, y nadie conoce su sepulcro hasta el día de hoy" (Deut. XXXIV, 6, según LXX). Ciertamente, el día de hoy debe estimarse como el tiempo en que la historia misma fue compuesta, ya sea que quieras considerar a Moisés como el autor del Pentateuco, o a Esdras como su restaurador, no me opongo. Ahora se pregunta si lo que se dijo, "hasta el día de hoy", se refiere a la época en que los libros fueron publicados o escritos. Que se demuestre, pues, después de ese día, con tantos años transcurridos hasta nosotros, si los ídolos que fueron escondidos bajo la encina han sido encontrados, o si la tumba de Moisés ha sido investigada, porque se afirma con insistencia que después de "hasta" y "hasta", comienza lo que no fue hasta que se completó "hasta" y "hasta". Más bien, que se observe el idioma de la Sagrada Escritura, y que comprenda con nosotros, en lo que dudaba, que se señalan aquellas cosas sobre las cuales podría haber ambigüedad si no hubieran sido escritas, dejando las demás a nuestra inteligencia. Pues si en tiempos recientes, viviendo aquellos que vieron a Moisés, su sepulcro pudo ser ignorado, con mayor razón después de tantos siglos transcurridos. Según lo cual también se entiende aquello de José, que el Evangelista indicó, sobre lo cual podría surgir escándalo, que no la conoció hasta el parto, para que entendamos mucho más que no la conoció después del parto, de quien se abstuvo cuando aún podía fluctuar por la visión.

8. En resumen, pregunto por qué se abstuvo José hasta el día del parto. Responderá ciertamente, porque escuchó al Ángel decir: "Lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es" (Mat. I, 20). A lo cual añadimos, y ciertamente había oído: "José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa" (Ibid., 20). Se le había prohibido que la dejara, que no pensara que su esposa era adúltera. ¿Acaso también fue separado del contacto conyugal, cuando ciertamente habría sido más advertido para no separarse? ¿Y se atrevería, dice, un hombre justo, al escuchar que el Hijo de Dios estaba en el vientre, a pensar en el coito con su esposa? Bien. Aquel que creyó tanto en un sueño, que no se atrevió a tocar a su esposa: después de que conoció por la voz de los pastores que el Ángel del Señor había venido del cielo y les había dicho: "No temáis; he aquí os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo, porque os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor en la ciudad de David" (Luc. II, 10 y ss.); y con él cantaron alabanzas la milicia celestial: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad": quien vio a Simeón justo proclamando entre los brazos del niño, "Ahora despidas a tu siervo, Señor, según tu palabra en paz: porque han visto mis ojos tu salvación" (Ibid., 27): quien vio a Ana la profetisa, a los Magos, la estrella,

Herodes, los Ángeles; quien, digo, conoció tantos milagros, ¿se atrevería a tocar el templo de Dios, la sede del Espíritu Santo, la madre de su Señor? Y ciertamente "María conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón" (Ibid., 51). Y para que no niegues imprudentemente que José ignoraba estas cosas: "Y estaban, dice Lucas, su padre y su madre admirados de lo que se decía de él". Aunque con increíble impudencia afirmes que estos pasajes han sido falsificados en los códices griegos, que casi todos los tratadistas de Grecia han dejado en sus volúmenes; pero algunos también de los latinos, lo han asumido tal como se encuentra en los griegos. No es necesario ahora tratar sobre la variedad de los ejemplares, ya que todo el instrumento de la Escritura antigua y nueva ha sido traducido al idioma latino, y se debe creer que el agua del manantial es mucho más pura que la de los ríos.

7. Helvidio.---"Estas, dices, son tonterías para mí, y argumentaciones superfluas, y una disputa más curiosa que verdadera. ¿Acaso no pudo la Escritura decir: 'Y tomó a su esposa, y no se atrevió más a tocarla' (Gén. XXXVIII, 26), como se dijo de Tamar y Judá? ¿O le faltaron a Mateo las palabras con las que podría expresar lo que quería que se entendiera? 'No la conoció, dice, hasta que dio a luz un hijo' (Mat. I, 25). Después del parto, por tanto, la conoció, cuya relación había postergado hasta el parto."

8. Jerónimo.---Si eres tan contencioso, ya ahora serás superado por tu propia mente. No quiero que interpongas ningún tiempo entre el parto y el coito. No quiero que digas: "Cualquier mujer que conciba y dé a luz un varón, será impura durante siete días, según los días de su separación y purificación será impura: y al octavo día circuncidará la carne de su prepucio, y durante treinta y tres días permanecerá en sangre puro, y no tocará cosa santa", y lo demás (Lev. XII, 2, 3). Que José la invada de inmediato: que escuche de inmediato por Jeremías: "Caballos enloquecidos en las hembras se han vuelto para mí, cada uno relinchando hacia la esposa de su prójimo" (Jer. V, 8). De lo contrario, ¿cómo podrá sostenerse, "No la conoció hasta que dio a luz un hijo", si espera el tiempo de purificación: si durante cuarenta días la libido se difiere tanto tiempo? Que se contamine con la sangre de la parturienta: que las comadronas reciban al niño llorando: que el esposo sostenga a la esposa cansada. Así comiencen las nupcias, para que el Evangelista no haya mentido. Pero lejos esté que esto se piense de la madre del Salvador y del hombre justo. No hubo allí comadrona: no intercedió la diligencia de las mujeres. Ella misma envolvió al niño en pañales, ella misma fue madre y comadrona. Y lo colocó, dice, en el pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón (Luc. II, 7). Esta sentencia también refuta los delirios de los apócrifos, mientras María misma envolvió al niño en pañales; y no permite que Helvidio satisfaga su deseo, mientras no había lugar en el mesón para las nupcias.

9. Helvidio.---Pero como ya hemos respondido suficientemente a lo que había propuesto, "Antes de que se unieran", y "No la conoció hasta que dio a luz un hijo", debemos abordar la tercera cuestión, para que según el orden de su disputa, también el orden de nuestra respuesta proceda. Pues quiere demostrar que María tuvo otros hijos; y de lo que está escrito: "Subió, pues, José a la ciudad de David, para empadronarse con María su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que mientras estaban allí, se cumplieron los días para que ella diera a luz, y dio a luz a su hijo primogénito" (Luc. II, 4 y ss.): se esfuerza por probar que no se puede llamar primogénito sino a aquel que tiene hermanos: así como se llama unigénito a aquel que es el único hijo de sus padres.

10. Jerónimo.---Nosotros, sin embargo, definimos así: Todo unigénito es primogénito: no todo primogénito es unigénito. Primogénito es, no solo aquel después del cual hay otros, sino aquel antes del cual no hay ninguno. "Todo, dice el Señor a Aarón, que abre el vientre, de toda carne que se ofrece al Señor, desde el hombre hasta el animal, será tuyo: solo redimirán

con precio los primogénitos de los hombres, y los primogénitos de los animales impuros" (Éx. XXXIV, 19, 20, y Núm. XVIII, 15). La palabra de Dios definió qué es primogénito, "Todo, dice, que abre el vientre". De lo contrario, si no es primogénito sino aquel a quien siguen hermanos, los primogénitos no deben ser entregados a los sacerdotes hasta que hayan sido procreados otros; no sea que, si no sigue otro parto, sea unigénito y no primogénito. "La redención, dice, será desde un mes, la estimación de cinco siclos. El siclo, según el siclo del santuario, son veinte óbolos. Solo los primogénitos de los bueyes, y los primogénitos de las ovejas, y los primogénitos de las cabras no redimirás, porque son santos" (Núm. XVIII, 16, 17). La palabra de Dios me obliga a que todo lo que abre el vientre, si es de animales puros, lo ofrezca a Dios; si es de impuros, lo redima: dando el precio al sacerdote. Puedo responder y decir. ¿Por qué me restringes al artículo de un mes? ¿Por qué llamas primogénito a aquel de quien ignoro si lo seguirán hermanos? Espera hasta que nazca el segundo. No debo nada al sacerdote, a menos que también haya sido procreado aquel por quien el que nació antes comienza a ser primogénito. ¿No me hablarán las letras mismas, y me reprocharán mi necesidad, al decir que se llama primogénito a aquel que abre el vientre, no a aquel que tiene hermanos? Finalmente, pregunto sobre Juan, de quien consta que es unigénito, si también fue primogénito. ¿Acaso él también, según la Ley, estuvo sujeto a toda la ley? No puede haber duda. Ciertamente, la Escritura habla así del Salvador: "Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor: como está escrito en la Ley del Señor: Porque todo varón que abre el vientre será llamado santo al Señor, y para ofrecer sacrificios según lo dicho en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones" (Luc. II, 22 y ss.). Si esta ley se refiere solo a los primogénitos, y los que siguen hacen al primogénito, no debió estar sujeto a la ley del primogénito aquel que ignoraba si lo seguirían otros. Pero porque está sujeto a la ley del primogénito, también aquel a quien no siguen otros hermanos: se concluye que se llama primogénito a aquel que abre el vientre y antes del cual no hay ninguno, no a aquel a quien sigue un hermano nacido después. Moisés escribe en Éxodo: "Y sucedió que a la medianoche, el Señor hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón, que se sentaba en su trono, hasta el primogénito de la cautiva que estaba en el molino, y todo primogénito de los animales" (Éx. XII, 29). Respóndeme, ¿Fueron primogénitos aquellos que fueron muertos por el exterminador, o también unigénitos? Si solo se llaman primogénitos aquellos que tienen hermanos, entonces los unigénitos fueron liberados de la matanza. Pero si fueron muertos como unigénitos, se hizo contra la sentencia, y entre los primogénitos también murieron los unigénitos. O liberarás a los unigénitos del castigo, y serás ridículo: o si confieras que fueron muertos, obtendremos a regañadientes que también los unigénitos se llamen primogénitos.

11. Última proposición de Helvidio.---La última proposición fue (aunque quiso mostrar lo mismo en el primogénito), que los hermanos del Señor son nombrados en los Evangelios, como allí: "He aquí, su madre y sus hermanos estaban afuera, queriendo hablar con él" (Luc. VIII, 20). Y en otro lugar: "Después de esto descendió a Cafarnaúm, él, su madre y sus hermanos" (Juan II, 12). Y allí: "Le dijeron, pues, sus hermanos: Pasa de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque nadie hace algo en secreto, y él mismo busca estar en público. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo" (Juan VII, 3, 4). Juan añade: "Porque ni siquiera sus hermanos creían en él" (Ibid. 5). También Marcos y Mateo: "Y les enseñaba en su sinagoga en su tierra, de tal manera que se asombraban y decían: ¿De dónde tiene este toda esta sabiduría y estos milagros? ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas, y sus hermanas, no están todas entre nosotros?" (Marc. XIII, 5; V, 24). Lucas también en los Hechos de los Apóstoles lo refiere así: "Todos estos perseveraban unánimes en oración con las mujeres y María, la madre de Jesús, y sus hermanos" (Hech. I, 14). Y también el apóstol

Pablo concuerda con la misma verdad histórica: "Subí según una revelación, y no vi a nadie, sino a Pedro y a Jacobo, el hermano del Señor" (Gál. II, 2). Y nuevamente en otro lugar: "¿No tenemos derecho a comer y beber? ¿No tenemos derecho a llevar con nosotros una esposa, como también los demás apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?" (I Cor. IX, 4, 5). Y para que alguien de los judíos no admita el testimonio, que incluso dio los nombres de sus hermanos, afirmando que fueron engañados en el mismo error sobre los hermanos en el que cayeron al estimar al padre, astutamente previno, y dijo: "Estos mismos nombres son nombrados por los evangelistas en otro lugar, y son los mismos hermanos del Señor, hijos de María." Mateo dice: "Estaban allí (sin duda ante la cruz del Señor) muchas mujeres mirando de lejos, que habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole. Entre ellas estaban María Magdalena, y María, madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo" (Mat. XXVII, 55, 56). También Marcos: "Estaban también mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, y María, madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé" (Marc. XV, 40); y poco después: "Y muchas otras que habían subido con él a Jerusalén. También Lucas: "Estaban María Magdalena y Juana, y María, madre de Jacobo, y las demás con ellas" (Luc. ult. 10).

12. Jerónimo.---Hemos repetido esto para que no se calumnie y se grite que lo que hace a su favor ha sido sustraído por nosotros, y que su opinión ha sido convulsionada no por testimonios de las Escrituras, sino por una argumentación resbaladiza. "He aquí, dice, Jacobo y José, hijos de María, los mismos que los judíos llamaron hermanos de Jesús. He aquí, María, madre de Jacobo el menor y de José. Pero el menor Jacobo, para distinguirlo del mayor, que era hijo de Zebedeo, como también en otro lugar pone Marcos: 'María Magdalena, y María, madre de Jacobo y de José, vieron dónde fue puesto: y pasado el sábado, compraron especias, y vinieron al sepulcro.' Y ciertamente dice: '¡Qué miserable e impío será pensar esto de María, que mientras otras mujeres se preocupaban por el sepulcro de Jesús, digamos que su madre estaba ausente: o inventemos que era otra María, no sé cuál, especialmente cuando el Evangelio de Juan testimonia que estaba presente allí, cuando el Señor desde la cruz la encomendaba a Juan como madre ya viuda. ¿O acaso los evangelistas se equivocan y engañan, al decir que María era madre de aquellos a quienes los judíos llamaron hermanos de Jesús?'"

13. ¡Oh furia ciega, y mente insana para su propia ruina! Dices que la madre de él estaba presente en la cruz del Señor, dices que fue encomendada a Juan el discípulo por su viudez y soledad: como si según tú no tuviera cuatro hijos, y numerosas hijas, de cuya compañía disfrutaría. También la llamas viuda, lo cual la Escritura no dice. Y aunque presentas todos los ejemplos de los evangelistas, las palabras de Juan no te agradan. Dices de paso, que estaba presente en la cruz del Señor para que no parezca que lo pasaste por alto deliberadamente: y sin embargo, callas sobre quiénes fueron las mujeres que estaban con ella. Perdonaría al ignorante, si no viera que callas deliberadamente. Escucha, pues, lo que dice Juan: "Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena" (Juan XIX, 25). No hay duda de que había dos apóstoles llamados Jacobo, Jacobo de Zebedeo y Jacobo de Alfeo. Este, no sé qué Jacobo menor, a quien la Escritura no menciona como hijo de María, ¿quieres que sea apóstol o no? Si es apóstol, será hijo de Alfeo; y creará en Jesús; y no será de aquellos hermanos de quienes está escrito: "Porque ni siquiera sus hermanos creían en él". Si no es apóstol, sino un tercer Jacobo, no sé quién, ¿cómo se le puede considerar hermano del Señor, y cómo se le llamará menor en distinción del mayor, cuando mayor y menor suelen dar distinción no entre tres, sino entre dos; y el hermano del Señor es apóstol, como dice Pablo: "Después de tres años subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días. Pero no vi a ningún otro de

los apóstoles, sino a Jacobo, el hermano del Señor" (Gál. I, 18, 19). Y en la misma epístola: "Y reconociendo la gracia que me fue dada, Pedro y Jacobo y Juan, que parecían ser columnas" (Gál. II, 9). Para que no pienses que este es Jacobo hijo de Zebedeo, lee los Hechos de los Apóstoles. Ya había sido muerto por Herodes. Queda la conclusión de que esta María, que se escribe madre de Jacobo el menor, fue esposa de Alfeo, y hermana de María, madre del Señor, a quien el evangelista Juan llama María de Cleofás, ya sea por el padre, por la familia gentil o por cualquier otra causa que le impusiera el nombre. Si, sin embargo, te parece otra cosa porque en otro lugar se dice: "María, madre de Jacobo el menor": y aquí "María de Cleofás": aprende la costumbre de la Escritura de llamar a la misma persona con diferentes nombres. Raguel, suegro de Moisés, también se llama Jetro. Gedeón, sin que se den razones para el cambio de nombre, de repente se lee Jerobaal. El rey Ozías de Judá, a su vez se llama Azarías. El monte Tabor se llama Itabyrium. Nuevamente, los fenicios llaman a Hermón Sanior, y el amorreo lo llama Sanir. La misma región del cielo se llama con tres nombres, Nageb, Theman, Darom, lee Ezequiel. Pedro también se llama Simón y Cefas. Judas el zelote, en otro evangelio se llama Tadeo: y muchas otras cosas que el lector podrá reunir de todas las Escrituras como ejemplo de estos.

14. Ahora intentamos mostrar cómo los hermanos del Señor son llamados hijos de su tía, María, quienes antes no creían y después creyeron. Aunque pudo haber sucedido que, creyendo uno de inmediato, los otros permanecieran incrédulos por mucho tiempo, y que esta fuera la madre de Jacobo y José, es decir, María, esposa de Cleofás, de Alfeo, y que esta fuera llamada María de Jacobo el menor. Si ella fuera la madre del Señor, más bien la habría llamado madre de él en todos los lugares, y no madre de otros, queriendo que se entendiera de otro modo. Sin embargo, en esta parte no insisto en la disputa, que María de Cleofás sea una y María de Jacobo y José sea otra, siempre que quede claro que no es la misma María de Jacobo y José que la madre del Señor. Y de dónde, dices, fueron llamados hermanos del Señor quienes no eran hermanos. Ahora se te enseñará que en las Escrituras divinas se dice hermanos de cuatro maneras: por naturaleza, por nación, por parentesco, por afecto. Por naturaleza, Esaú, Jacob, los doce Patriarcas, Andrés y Pedro, Jacobo y Juan. Por nación, donde todos los judíos entre sí son llamados hermanos, como en el Deuteronomio: Si compras a tu hermano, que es hebreo, o a una hebrea, te servirá seis años: y en el séptimo año lo dejarás libre de ti (Deut. XV, 12). Y en el mismo: Pondrás sobre ti un príncipe, a quien el Señor tu Dios elija, que sea de entre tus hermanos. No podrás poner sobre ti a un hombre extranjero, que no sea tu hermano (Deut. XXII, 1, 2). Y de nuevo: No verás el buey de tu hermano, o su oveja, errando por el camino, y los descuidarás: Los devolverás a tu hermano. Si tu hermano no está cerca de ti, ni lo conoces, los recogerás en tu casa: y estarán contigo hasta que tu hermano los busque, y se los devolverás (Deut. XVII, 11). Y el apóstol Pablo dice: Deseaba yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne, que son israelitas (Rom. IX, 3, 4). Por parentesco se llaman hermanos los que son de una familia, es decir, patria: que los latinos interpretan como paternidades; cuando de una raíz se difunde una multitud de la misma estirpe, como en el Génesis. Dijo Abraham a Lot: No haya contienda entre mí y ti, y entre mis pastores y tus pastores, porque somos hombres hermanos. Y allí, Lot eligió para sí la región del Jordán, y Lot se levantó hacia el oriente, y se separaron el uno del otro (Gen. XIII, 8). Y ciertamente Lot no es hermano de Abraham, sino hijo de su hermano Aram. Taré engendró a Abraham, a Nacor y a Aram: y Aram engendró a Lot. Y de nuevo: Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán. Y tomó Abraham a Sara su esposa, y a Lot hijo de su hermano (Gen. XII, 4). Si aún dudas que el hijo del hermano sea llamado hermano, toma un ejemplo. Cuando Abraham oyó que su hermano Lot había sido llevado cautivo, contó a sus siervos nacidos en su casa, trescientos dieciocho

(Gen. XIV, 14). Y después de describir la matanza con un ataque nocturno, añadió: Y recuperó todo el botín de los sodomitas, y trajo de vuelta a su hermano Lot (Ibid. 16). Esto bastaría para aprobar lo que hemos dicho. Pero para que no te burles de algo, y como una serpiente resbaladiza te escabullas, debes ser atado con los lazos de los testimonios, para que no silbes quejumbroso y digas que has sido vencido más por argumentos tortuosos que por la verdad de las Escrituras. Jacob, hijo de Isaac y Rebeca, temiendo las insidias de su hermano, fue a Mesopotamia, se acercó y removió la piedra de la boca del pozo, y dio de beber a las ovejas de Labán, hermano de su madre (Gén. XXVIII y XXIX). Y Jacob besó a Raquel, y alzando su voz, lloró, y le dijo a Raquel que era hermano de su padre, y que era hijo de Rebeca (Gen. XXIX, 11). Aquí también, bajo la misma ley que antes, el hijo de la hermana es llamado hermano. Y de nuevo: Dijo Labán a Jacob: Porque eres mi hermano, no me servirás gratis (Gen. XXIX, 19). Dime, cuál es tu salario. Después de veinte años, cuando regresaba a su patria con sus esposas e hijos sin que su suegro lo supiera, Labán lo alcanzó en el monte Galaad. Y cuando no encontró los ídolos que Raquel había ocultado en las alforjas, Jacob respondió y dijo a Labán: ¿Cuál es mi culpa, y cuál es mi pecado, que me has perseguido? ¿Por qué has registrado todos mis utensilios? ¿Qué has encontrado de todos los tuyos? Ponlo aquí delante de tus hermanos y de mis hermanos, y que ellos juzguen entre nosotros dos (Gen. XXXI, 36, 37). Responde, ¿quiénes son estos hermanos de Jacob y Labán que estaban presentes entonces? Ciertamente Esaú, hermano de Jacob, estaba ausente, y Labán, hijo de Batuel, no tenía hermanos, excepto su hermana Rebeca.

15. Hay innumerables ejemplos de este tipo en los libros divinos. Pero para no extenderme demasiado, volveré a la última parte de la división, es decir, que también se dice hermanos por afecto, que se divide en espiritual y común. En lo espiritual, porque todos los cristianos somos llamados hermanos, como allí: Mirad cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad (Sal. CXXXIII, 1). Y en otro salmo el Salvador dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos (Sal. XI, 23). Y en otro lugar: Ve y di a mis hermanos (Juan XX, 17). Por otro lado, en lo común, porque todos nacidos de un mismo padre, estamos unidos por una misma hermandad. Decid, dice, a los que os odian, sois nuestros hermanos (Isa. último cap. según LXX). Y el apóstol a los Corintios: Si alguno que se llama hermano es fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón, con tal persona ni siquiera comáis (I Cor. V, 11), y otras cosas similares. Pregunto ahora, según qué modo entiendes que los hermanos del Señor son llamados en el Evangelio. ¿Según la naturaleza? Pero la Escritura no lo dice, ni los llama hijos de María, ni de José. ¿Según la nación? Pero es absurdo que unos pocos de los judíos sean llamados hermanos, cuando todos los que estaban allí, por esta ley, podrían ser llamados hermanos. ¿Según el afecto del derecho humano y del espíritu? Pero si es así, ¿quiénes más hermanos que los Apóstoles, a quienes enseñaba internamente, a quienes llamaba madres y hermanos? O si todos porque son hombres, hermanos, sería tonto anunciar como propio: He aquí tus hermanos que te buscan; cuando en general todos los hombres son hermanos por este derecho. Por lo tanto, queda que, según la exposición anterior, entiendas que son llamados hermanos por parentesco, no por afecto; no por privilegio de nación, no por naturaleza. Como Lot fue llamado hermano de Abraham, como Jacob fue llamado hermano de Labán, como las hijas de Zelofehad reciben herencia entre sus hermanos, como Abraham mismo tuvo a Sara por esposa, quien era su hermana. Porque dice: En verdad es mi hermana, hija de mi padre, pero no de mi madre (Gén. XX, 11), es decir, es hija de su hermano, no de su hermana. De lo contrario, ¿cómo es que Abraham, hombre justo, tomó por esposa a la hija de su padre, cuando en los primeros hombres, por la santidad de los oídos, la Escritura no lo menciona, prefiriendo que se entienda a que se exprese; y Dios después sanciona con la ley y amenaza: Quien tome a su hermana, hija de su padre o de su madre, y vea su desnudez, y ella

vea su desnudez, es una deshonra: y serán exterminados ante los hijos de su pueblo. Ha descubierto la desnudez de su hermana, recibirá su pecado (Lev. XVIII, 9).

16. Hombre de la mayor ignorancia, no habías leído estas cosas, y dejando de lado todo el océano de las Escrituras, dirigiste tu furia a injuriar a la Virgen, como aquel de quien las fábulas cuentan que, siendo desconocido para el pueblo y no pudiendo concebir ninguna buena hazaña para hacerse famoso, incendió el templo de Diana; y sin que nadie delatara el sacrilegio, se dice que él mismo salió al medio, clamando que él había provocado el incendio: cuando los príncipes de Éfeso le preguntaron por qué había hecho eso, respondió: Para que, ya que no podía ser conocido por el bien, fuera conocido por el mal. Y esto lo cuenta la historia griega. Tú, en cambio, has incendiado el templo del cuerpo del Señor, has contaminado el santuario del Espíritu Santo, del cual pretendes que ha salido una multitud de hermanos y hermanas. Finalmente, uniendo tu voz a la de los judíos, dices: ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas, y sus hermanas, no están todas entre nosotros? (Mat. XIII, 55, y Marc. VI, 3). Todos, a menos que sea de la multitud, no se dice. ¿Quién, te pregunto, conocía esta blasfemia antes, quién contaba los centavos? Has logrado lo que querías, te has hecho famoso en el crimen. Yo mismo, que escribo contra ti, aunque resido en la misma ciudad que tú, no sé si eres blanco o negro, como dicen. Paso por alto los defectos del discurso, con los que todo tu libro está lleno. Callo el ridículo comienzo. ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! No busco elocuencia; que no teniendo yo mismo, buscaste en tu hermano Craterio. No, digo, no exijo el brillo del lenguaje, busco la pureza del alma. Porque entre los cristianos es un gran solecismo y un defecto, narrar o hacer algo vergonzoso. Llego al final y te concluyo con una pregunta capciosa, y así trataré contigo, como si no hubiera tratado nada antes: Que los hermanos del Señor sean llamados de la misma manera que José es llamado padre, Yo, dice, y tu padre, dolientes te buscábamos (Luc. I, 48). Esto lo dice la madre, no los judíos. Y el mismo evangelista refiriéndose: Y estaban su padre y su madre maravillados por lo que se decía de él (Ibid., 33), y cosas similares, en las que son llamados padres. Y para que no te quejes de la variedad de los ejemplares, porque te has persuadido tontamente de que los códices griegos están falsificados, vengo al Evangelio de Juan, en el que claramente está escrito: Felipe encontró a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a Jesús, hijo de José de Nazaret, de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas (Juan I, 45). Ciertamente esto está contenido en tu códice. Respóndeme, ¿cómo es Jesús hijo de José, cuando se sabe que fue engendrado por el Espíritu Santo? ¿Fue realmente José su padre? Aunque seas torpe, no te atreverás a decirlo. ¿O se pensaba que lo era? De la misma manera deben considerarse los hermanos, como se consideró al padre.

17. Pero ya que el discurso ha navegado por los lugares escarpados y rocosos, es necesario desplegar las velas y abordar sus epílogos, en los que, creyéndose sabio, llama a Tertuliano como testimonio, y propone las palabras de Victorino, obispo de Petabio. Y de Tertuliano no digo más que no fue hombre de la Iglesia. De Victorino afirmo lo mismo que de los evangelistas, que llamó hermanos del Señor, no hijos de María. Hermanos, sin embargo, en el sentido que expusimos antes, por parentesco, no por naturaleza. Pero estamos perdiendo el tiempo, y dejando de lado la fuente de la verdad, seguimos los riachuelos de las opiniones. ¿Acaso no puedo movilizar toda la serie de escritores antiguos: Ignacio, Policarpo, Ireneo, Justino Mártir, y muchos otros hombres apostólicos y elocuentes, que escribieron volúmenes llenos de sabiduría contra Ebion, Teodoto, Bizancio, y Valentín, que sentían lo mismo? Si alguna vez los hubieras leído, serías más sabio. Pero creo que es mejor responder brevemente a cada punto, que extender el volumen prolongando la estancia.

226 18. Ahora me lanzo sobre aquello en lo que, comparando la virginidad y el matrimonio, quisiste parecer elocuente. Nos reímos de ti con el proverbio, Vimos al camello saltando. Dices: "¿Acaso son mejores las vírgenes que Abraham, Isaac y Jacob, que tuvieron matrimonios? ¿Acaso no son formados diariamente por las manos de Dios los niños en los vientres, para que debamos avergonzarnos de que María se haya casado después del parto? Si esto les parece vergonzoso, queda que no crean que Dios también nació a través de los genitales de una virgen. Porque es más vergonzoso, según ellos, que Dios haya nacido a través de los pudenda de una virgen, que la virgen se haya casado con su esposo después del parto." Añade si quieres otras injurias a la naturaleza, el vientre hinchándose durante nueve meses, las náuseas, el parto, la sangre, los pañales. Que se describa al niño envuelto en las membranas habituales. Se mencionen los duros pesebres, el llanto del niño, la circuncisión al octavo día, el tiempo de purificación, para que se pruebe que es impuro. No nos avergonzamos, no callamos. Cuanto más humildes son las cosas que sufrió por mí, más le debo. Y cuando hayas repasado todo, no dirás nada más deshonoroso que la cruz: que profesamos, y creemos, y en la que triunfamos sobre los enemigos.

19. Pero así como no negamos lo que está escrito, también rechazamos lo que no está escrito. Creemos que Dios nació de una Virgen porque lo leemos. No creemos que María se haya casado después del parto porque no lo leemos. Y no decimos esto para condenar el matrimonio, ya que la virginidad es fruto del matrimonio: sino porque no nos es lícito juzgar temerariamente sobre los santos. Porque con esta estimación de posibilidad podríamos argumentar que José tuvo también varias esposas, porque Abraham tuvo varias, Jacob tuvo varias; y que los hermanos del Señor son de estas esposas, lo que muchos no tan piadosamente como con audaz temeridad inventan. Tú dices que María no permaneció virgen: yo me atribuyo más, incluso que José mismo fue virgen por María, para que de un matrimonio virginal naciera un hijo virgen. Porque si en un hombre santo no cabe la fornicación, y no se escribe que tuvo otra esposa: y María, a quien se pensó que tuvo, fue más bien su custodia que su esposa: queda que permaneció virgen con María, quien mereció ser llamado padre del Señor.

20. Y porque voy a decir algo sobre la comparación de la virginidad y el matrimonio, ruego a los lectores que no piensen que he menospreciado el matrimonio en la alabanza de las vírgenes, y que he hecho alguna distinción entre los santos del Antiguo Testamento y los del Nuevo, es decir, entre aquellos que tuvieron matrimonios, y aquellos que se apartaron completamente del contacto con mujeres, sino que, según la condición de los tiempos, unos estaban entonces sujetos a una sentencia, y otros nosotros, en quienes han llegado los fines de los siglos. Mientras esa ley permaneció: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gen. I, 28); y, Maldita la estéril, que no da a luz semilla en Israel (Isa. último según LXX), todos se casaban y eran dados en matrimonio, y dejando a sus padres, se convertían en una sola carne. Pero cuando resonó aquella voz: El tiempo se ha acortado: queda que los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran; adhiriéndose al Señor, nos convertimos en un solo espíritu con él (I Cor. VII, 29). ¿Y por qué? Porque el que está sin esposa, se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. Pero el que está con esposa, se preocupa de las cosas de este mundo, de cómo agradar a su esposa. Y la mujer está dividida, y la virgen: la que no está casada, se preocupa de las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y espíritu. Pero la que está casada, se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposo (Ibid., 32, 33 y ss.). ¿Por qué ladras? ¿Por qué te resistes? El vaso de elección dice estas cosas, diciendo, La mujer está dividida, y la virgen. Mira cuánta felicidad es, que incluso ha perdido el nombre de su sexo. La virgen ya no es llamada mujer. La que no está casada, se preocupa de las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y espíritu. La definición de virgen es ser santa en cuerpo y

espíritu; porque de nada sirve tener la carne virgen, si uno se ha casado en mente. Pero la que está casada, se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposo. ¿Piensas que es lo mismo dedicar días y noches a la oración, a los ayunos; y al llegar el esposo, embellecer el rostro, romper el paso, simular caricias? Aquella se esfuerza por parecer más fea, y mancha el bien de la naturaleza con injuria. Esta se pinta ante el espejo, y en afrenta al artífice intenta ser más hermosa de lo que nació. De ahí los niños balbucean, la familia bulle, los hijos dependen de los besos y de la boca, se calculan los gastos, se preparan los gastos. Aquí la mano de los cocineros se ciñe y tritura la carne, aquí murmura la multitud de tejedoras: mientras tanto se anuncia que el esposo ha llegado con sus compañeros. Ella, como una golondrina, recorre todos los rincones, si el lecho está rígido, si los suelos han sido barridos, si las copas están adornadas, si el almuerzo está preparado. Responde, te ruego, ¿dónde está el pensamiento de Dios entre estas cosas? ¿Y estas son las casas felices? Pero donde suenan los tambores, la flauta clama, la lira canta, el címbalo resuena, ¿dónde está el temor de Dios? El parásito se gloria en las injurias: entran las víctimas expuestas a las lujurias, y con la delgadez de sus vestiduras, se presentan desnudas a los ojos impúdicos. En esto la infeliz esposa, o se alegra, y perece: o se ofende, y el esposo se enciende en disputas. De aquí la discordia, semillero del divorcio. O si se encuentra alguna casa en la que estas cosas no sucedan, lo cual es un ave rara; sin embargo, la misma administración de la casa, la educación de los hijos, las necesidades del esposo, la corrección de los siervos, ¿cómo no apartan del pensamiento de Dios? Dice la Escritura: Cesaron los períodos de Sara (Gen. XVIII, 11): después de lo cual se dice a Abraham: Todo lo que te diga Sara, escucha su voz (Gen. XXI, 12). La que no está en las ansiedades y dolores del parto, la que ha dejado de ser mujer al cesar el flujo menstrual, se libera de la maldición de Dios: y no es su conversión hacia el hombre, sino al contrario, el hombre se somete a ella, y por la voz del Señor se le ordena: Todo lo que te diga Sara, escucha su voz (Gén. III): y así comienzan a dedicarse a la oración. Porque mientras en el matrimonio se cumple el deber, se omite la insistencia en la oración.

21. No negamos que se encuentren viudas, no negamos que se encuentren casadas, mujeres santas; pero aquellas que han dejado de ser esposas, que en la misma necesidad del matrimonio imiten la castidad de las vírgenes. Esto es lo que el Apóstol, brevemente, testificó con Cristo hablando en él: La soltera se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero la casada se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido (I Cor. VII, 34): dejándonos sobre esto un campo de entendimiento. Sin embargo, no impone a nadie una necesidad o un lazo, sino que sugiere lo que es honesto, deseando que todos sean como él mismo. Y aunque no tenga un mandato del Señor sobre la virginidad, porque está más allá de los hombres; y de alguna manera sería imprudente forzar contra la naturaleza, de otro modo decir, Quiero que sean lo que son los Ángeles: por lo cual la virgen tiene una mayor recompensa, al despreciar lo que si hiciera, no pecaría; no obstante, en lo que sigue añade: Sin embargo, doy un consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor, para ser fiel. Por tanto, considero que esto es bueno debido a la necesidad inminente; porque es bueno para el hombre estar así. ¿Cuál es esta necesidad? ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que críen en aquellos días! (Matt. XXIV, 19, y Marc. XIII, 17). Por eso el bosque crece, para luego ser cortado. Por eso el campo se siembra, para ser cosechado. Ya el mundo está lleno, la tierra no nos sostiene. ¿Diariamente las guerras nos dividen, las enfermedades nos quitan, los naufragios nos absorben, y sin embargo, seguimos litigando por los límites? De este número son aquellos que siguen al Cordero (Apoc. II), que no han manchado sus vestiduras, pues permanecieron vírgenes. Observa qué significa, mancharon. Yo no me atrevo a exponerlo, para que Helvidio no calumnie. Pero lo que dices que algunas son vírgenes

taberneras; yo te digo más, que entre ellas hay adúlteras, y, para que te asombres más, hay clérigos que son taberneros, y monjes impúdicos. Pero, ¿quién no entiende de inmediato que ni una virgen tabernera, ni un monje adúltero, ni un clérigo puede ser tabernero? ¿Acaso es culpa de la virginidad si el simulador de la virginidad está en el crimen? Yo ciertamente, dejando de lado a otras personas, me dirijo a la Virgen: que ejerce artes de mercader, no sé si en cuerpo, lo que sé, en espíritu no permanece virgen.

22. Hemos hecho retórica, y a la manera de los declamadores, hemos jugado un poco. Tú nos has obligado, Helvidio, que ya con el Evangelio resplandeciente, quieres que las vírgenes y las casadas sean de la misma gloria. Y porque creo que has sido superado por la verdad, te has convertido a la difamación de mi vida y a los insultos (pues esto suelen hacer también las mujeres que desean mal a sus amos vencedores en los rincones), digo anticipándome, que tus injurias serán mi gloria, cuando con la misma boca con la que has difamado a María, me laceres, y el siervo del Señor y la madre experimenten igualmente tu elocuencia canina.